

desesperante del pecado original, tal como fué fomentado por San Agustín; no condena la inmensa mayoría del género humano por la única razón de que descendió de Adán y de que traiga al nacer el germen de la muerte eterna; no entrega pueblos enteros á las llamas del infierno por la sola razón de que no han podido conocer á Jesucristo. Si condena á los idólatras á las llamas, es porque se les ha enviado un profeta, es porque se les ha predicado la verdad y han rechazado la verdad (1). Promete la vida eterna á los pueblos de la ley y aun á todo creyente sincero: "Los que creen y los que siguen la religión judía y los cristianos y los sabios, en un palabra, cualquiera que cree en Dios y en el juicio final y que haya practicado el bien, todos recibirán una recompensa de su Señor, y el temor no les embargará y no se verán afligidos," (2). Tampoco consagra el islam la desconsoladora doctrina del cristianismo de que "muchos son los llamados y pocos los escogidos." Sólo los infieles serán los que no hallen gracia en el juicio final; en cuanto á los creyentes, Dios borrará sus pecados, y todos serán salvos (3).

Tal es la doctrina del Corán: la libertad es completa durante la vida del hombre; la predestinación sólo se manifiesta á su muerte, y ésta es inevitable. A este respecto, el mahometismo no es más fatalista que el cristianismo. Nosotros no creemos que los partidarios más decididos de la libertad quieran sostener que el hombre es dueño del momento y del género de su muerte; la muerte, como el nacimiento, son hechos providenciales; se puede llamar á esto fatalidad, si se quiere, pero esa fata-

ción de la libertad, del poder de la voluntad, de la omnipotencia del espíritu, que Jesús, al ver en una ocasión vacilar y temer y dudar á sus discípulos, les increpa y les dice: «Si vierais fe tamaño como un grano de mostaza, diríais á esa montaña: aplanate, y se aplanaría.» Y que no se nos oponga que ahí y en otros pasajes se exalta el poder de la fe; el poder de la fe es el poder de la voluntad, y la voluntad omnipotente, *est quasi*, es la libertad humana. «Amad el bien, queredle, *ex toto corde, ex toto animo vestro*, y haréis prodigios.» Esa es la idea constante de Jesús. Eso es el cristianismo. Y eso es lo que ha transformado el mundo, no otra cosa.

¿Y qué dice el Corán? ¿Y qué ha producido el Corán? El fatalismo más enervador y más depresivo de la libertad y de la dignidad del hombre y del progreso de los pueblos. En esos mismos *Surates* que cita Mr. Laurent se dice: «Todo hombre lleva sobre su cerviz la marca de su destino, y en el día del juicio le enseñaremos un libro abierto.» Lo que afirma Mr. Laurent es insostenible á todas luces. Lo contrario es axiomático para nosotros. Los hechos están de acuerdo con las doctrinas. —(N. del T.)

(1) *Corán*, XVII, 16; XXXIX, 71; LXVII, 9.

(2) *Corán*, II, 59, c. 5, 70, 73.

(3) *Corán*, XLVIII, 5.—RELAND, *De Relig. Moham.*, I, 6.—SALE, sección IV, p. 500.

lidad existe en toda religión y en toda filosofía. Verdad es que las escuelas filosóficas y teológicas que surgieron entre los Arabes traspasaron los principios consagrados en el Corán; pero otro tanto ha sucedido en el mundo cristiano. El Evangelio no sabe nada, ni de libertad ni de predestinación; es San Agustín el que, llevando hasta el extremo el dogma del pecado original, llegó hasta la negación de la libertad. Otro tanto sucedió, poco más ó menos, entre los mahometanos. Algunas sectas sostuvieron que Dios tiene un poder absoluto sobre las acciones humanas, hasta el punto de que los hombres son instrumentos ciegos en las manos de Aquél. Se hallan en los escritos de esa escuela pensamientos que recuerdan la doctrina agustiniana: «Aun cuando Dios precipitase á todos los hombres en el infierno no cometería ninguna injusticia.» En San Agustín, ese dogma terrible es una consecuencia lógica del pecado original, y la secta mahometana le deriva del poder absoluto de Dios y de la nulidad de la criatura enfrente del Creador (1).

Las escuelas mahometanas se inclinan á la predestinación más que á la libertad, y por eso es la predestinación la que reina en las costumbres. San Agustín, explicando la gracia, predicaba la humildad y la resignación; también la resignación caracteriza al *islam* (2). Los musulmanes han permanecido más fieles á su creencia que los cristianos; su religión los hizo mucho tiempo invencibles en los campos de batalla, y hoy les inspira una indiferencia heroica en todas las calamidades que les sobrevienen, la peste, la guerra ó la muerte. Pero ese mismo dogma que hace al hombre invulnerable por el mal, le quita toda fuerza de iniciativa para producir el bien: es un principio de inmovilidad, y, por lo tanto, de decadencia.

¿Es esto decir que haya que imputar á la doctrina del Corán la inmovilidad del mahometismo? Así se ha dicho (3); pero no se ha apercibido que ese cargo cae más directamente contra el cristianismo. La gracia de San Agustín conduce á la predestinación y ésta al fatalismo, á la inercia y á la

(1) RITTER, *Hist. de la filosofía del cristianismo*, t. III, p. 740. 157.—SALE, sec. VIII, p. 531, 529.

(2) La palabra *Islam* significa un completo abandono á la voluntad de Dios. Y de *Islam* viene la palabra *Muslemim* y *Musulmán*; musulmán es, por lo tanto, el hombre resignado á la voluntad de Dios (PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. I, p. 257).

(3) DOELLINGER, *Religión de Mahoma*, p. 7.

muerte (1). ¿Por qué entonces la sociedad cristiana es progresiva, mientras que la sociedad musulmana es estacionaria? Es el espíritu de libertad y de actividad, inherente á la raza germánica, el que ha neutralizado lo que había de inerte y enervador en la creencia cristiana. El hombre del Occidente, al sufrir el mal como proveniente de Dios, no le ha aceptado jamás como eterno; ha presentado en sí la fuerza de actuar contra el mal, y así es como progresivamente se prepara el reinado del bien. Si el Oriente se ha extenuado, es que los errores de la religión han encontrado un apoyo en el clima y en la raza: «De la pereza del alma, dice Montesquieu, nace el dogma de la predestinación, y del dogma de la predestinación nace la pereza del alma.» (a).

### N.º 3.—Relaciones entre los hombres.

#### I.—Igualdad.—Fraternidad.

El dogma de la unidad de Dios conduce irresistiblemente á la creencia de la unidad del género humano, é implica la fraternidad, la igualdad y la caridad. Pero el orgullo humano se revuelve contra esa santa doctrina. Adorando á un solo Dios, los Judíos se llamaban raza elegida. También se han abierto campo esas pretensiones entre los Arabes; la Meca era la ciudad santa, y los Coraichitas, guardianes del templo, creían participar de aquella santidad. Cuando Mahoma entró vencedor en la Meca, ¿cuál fué el primer pensamiento que le inspiró la victoria? «¿No hay más Dios que Alá!... Coraichitas, no más fiereza pagana, no más orgullo fundado en los antecesores. Todos los hombres son hijos de Adán, y Adán ha sido formado de barro.» Después les recitó este versículo del

(1) LAMENNAIS, *Boceto de una filosofía*, t. II, p. 89.

(a) El imperio de la verdad arranca á Mr. Laurent confesiones que destruyen su tesis absurda de que el Corán favorece más que el Evangelio la libertad humana. Pero viendo que los hechos y la historia y los escritores más distinguidos rechazan su aserto, acude á su panacea, á las razas y á los climas. Y hemos dicho que llevar la influencia de las razas y de los climas hasta «se punto por parte de un escritor que pretende haber encontrado la filosofía de la historia, nos parece fútil y poco filosófico, y sobre todo, nada verdadero. Todas las razas de hombres tienen lo esencial, que es el ser hombres, y al hombre la caracteriza y le distingue, más que la inteligencia, la libertad; por ser libre es racional, es inteligente. Todavía tiene el Árabe más condiciones para la libertad política que el Germano. Quiera ó no quiera Mr. Laurent, no son las razas las que han efectuado el milagro, es el cristianismo. Sólo que el cristianismo no es lo que ve y pinta aquí Mr. Laurent. —(Nota del Traductor).

Corán: «Mortales, os hemos creado de un hombre y de una mujer; os hemos dividido en familias y en tribus; el fin común de vuestra existencia es una sociedad fraternal...» (1). En su última peregrinación á la Meca, Mahoma recordó otra vez á los creyentes el deber de fraternidad: «¡Oh hombres! escuchad mis palabras, porque no sé si aun podré otro año encontrarme con vosotros en este lugar: sed humanos y justos unos para con otros... Todos los musulmanes son hermanos.» (2).

La igualdad de los creyentes es absoluta. ¿Qué distinción podría haber entre las criaturas enfrente del Creador? El cristianismo también ha proclamado la igualdad religiosa, pero no ha hecho de ella una ley social. Los mahometanos han ido más lejos; su ley, que es religiosa y civil á un mismo tiempo, ha aplicado el dogma á las relaciones civiles y políticas. Bajo el califa Omar, un príncipe cristiano, Árabe de nacimiento, se convirtió al islam por ambición más que por fe; al verificar la peregrinación á la Meca, un Beduino que marchaba detras de él le pisó la punta de su manto y le hizo caer. El príncipe de Gassan se volvió furioso y dió un bofetón al Árabe; éste elevó su queja á Omar. «¿Tú le has pegado?» preguntó el califa á Djabala. —Sí, respondió el príncipe; y á no ser por mi veneración á la Caba, le hubiera roto la cabeza.—Puesto que lo confiesas, replicó Omar, es preciso que compres de la parte ofendida el desestimiento de su querrela.—¿Y si no lo quiero hacer?—Entonces sufrirás la pena del talión. Yo mandaré á ese Beduino que te abofeteo como tú le has abofeteado.—¡Pero yo soy rey, y él no es más que un hombre oscuro!—El rey y el particular son iguales delante de la ley musulmana.—Yo había creído que sería más honrado en el islamismo que en mi primera religión.—El príncipe árabe prefirió volverse al cristianismo antes que pasar por lo que consideraba una afrenta. Encontró en Constantinopla las atenciones debidas á su rango; pero, en medio de las grandezas de la corte, echó de menos la libertad de su patria.

El creyente no pertenece más que á Dios, y el hombre no es superior al hombre. Todos los musulmanes poseen un derecho igual al gobierno, á las funciones del templo, de la justicia y de la ad-

(1) *Corán*, XLIX, 13.—PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, III, 331.

(2) PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, III, 301, 303.

ministración, y ese derecho eleva diariamente hasta los primeros cargos del Estado á hombres de la más humilde condición. Las funciones no dan ninguna superioridad al que las desempeña; son un deber, no un derecho ni un privilegio. A pesar de la igualdad cristiana, la más orgullosa de las aristocracias dominó durante la Edad Media y hasta los tiempos modernos, mientras que los musulmanes ignoran las prerrogativas hereditarias y hasta los nombres de familia, ignoran la primogenitura y toda especie de distinción y de preferencia. La ley ha tratado de mantener la igualdad social entre los creyentes por medio del impuesto con que grava la propiedad en provecho del pobre.

La igualdad musulmana está, sin embargo, profundamente viciada por la condición de las mujeres y de los esclavos. Mahoma no excluyó á las mujeres del paraíso, como falsamente se le atribuye; tampoco es verdad que las colocase en un estado de servidumbre; al contrario, las encontró esclavas y mejoró su condición. Nada más triste que el destino de las mujeres entre los Arabes antes de Mahoma; no se las reconocía ningún derecho, ni aun el derecho á la vida. Los padres daban muerte á sus hijas, los unos por temor á la miseria, los otros por evitar la vergüenza que podría recaer sobre ellos si un día era su hija robada ó deshonrada por el enemigo (1). Mahoma reprochó vivamente esa atrocidad á los Arabes y les dijo y les repitió: "No matéis á vuestros hijos por temor á la pobreza; nosotros les daremos alimento, así como á vosotros," (2). Las hijas no heredaban á sus padres, y Mahoma les otorgó una parte. Se consideraba á las viudas como parte de la herencia, y se disponía de ellas como de los muebles; Mahoma las quitó esa humillación, señalándolas, además de los donativos nupciales, cierta porción de los bienes que dejaba el marido (3). El profeta árabe recomendó á los hijos el amor á sus madres más aún que á sus padres: "La madre los lleva con trabajo, los pare con dolor, los cria con pena. Un hijo gana el paraíso á los pies de su madre," (4).

Se ha dicho que Mahoma permite á sus sectarios tener tantas mujeres como puedan mantener;

(1) PERCEVAL, t. I, p. 351.—SALE, *Observaciones, etc.*, sec. V, página 516.

(2) *Corán*, XVII, 33; VI, 152.

(3) PERCEVAL, t. III, p. 397.—*Corán*, IV, 8, 12, 14.—SALE, sección VI, p. 518.

(4) *Corán*, XL, 14.—PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, III, 337.

pero es una de las mil calumnias que se propalan contra el islam. Antes de Mahoma, la poligamia era ilimitada, y el Corán prohíbe tener más de cuatro mujeres (1) (a). Sin embargo, aun así restringida, la poligamia es el vicio fundamental del mahometismo; se la puede explicar por la influencia de la raza y de clima; pero siempre resulta que la poligamia viola la personalidad humana en la mujer, y la degradación de la mujer influye sobre el hombre. La creación está viciada, porque, en las miras del Creador, el hombre es un ser incompleto y necesita una sola compañera para completarse y llenar su misión en la tierra.

La esclavitud es otro vicio del mundo oriental, pero no se la puede imputar al profeta árabe. En el siglo VII todavía era la servidumbre un hecho universal que infestaba á la sociedad cristiana; y á pesar de la igualdad y la fraternidad predicadas por Jesucristo, la misma Iglesia poseía esclavos. El Corán proclama también, como el cristianismo, la igualdad religiosa de los hombres: "Dios ha creado á los esclavos hermanos vuestros." Sin embargo, la esclavitud se ha mantenido en Oriente, mientras que ha desaparecido de la cristiandad bajo el régimen feudal. Los escritores cristianos lo atribuyen al Evangelio y aprovechan la ocasión para calumniar al islam (2). La verdad es que la abolición de la esclavitud es debida al elemento germánico y á la constitución de la propiedad mucho más que á la idea religiosa (b). Para juzgar la esclavitud mahometana hay que apreciarla desde el punto de vista del Oriente. Lo que á éste caracteriza es la casta; aun quedan huellas de esa desigualdad radical hasta en el mosaísmo. La esclavitud mahometana no tiene nada de común con la casta. La distancia entre el esclavo y el hombre li-

(1) PERCEVAL, I, 351.—SALE, *Consideraciones*, sec. VI.—RELAND, II, 32.

(a) Y todas las concubinas que pueda sostener. Mr. Laurent pasa de ligero por los vicios ó errores más culminantes del islamismo. Juzga con pasión. Vuelve á la raza y al clima para disculpar lo indisculpable. Y el estado de la mujer y su influencia en las costumbres y en la vida de los pueblos, ni aun se preocupa de ello. Para ser justo y aun para ser filósofo y menos para ser librepensador, no es necesario ser musulmán, como no se necesita ser católico para hacer justicia al Evangelio. Rousseau se la hizo cumplidamente.—(N. del T.)

(2) DOELLINGER, *Religión de Mahoma*.

(b) Tampoco participamos aquí de la opinión del autor. Pero el discutir ese punto de historia nos llevaría muy lejos; no es tarea para una nota. Pero el mismo Mr. Laurent suministra datos bastantes para persuadir, á quien no esté prevenido, de la influencia eficaz y grandísima que ha tenido el cristianismo, la idea cristiana, en la desaparición de la esclavitud.—(N. del T.)

bre no es tan grande entre los musulmanes como lo era en la servidumbre occidental. Verdad es que el esclavo está equiparado á una cosa; pero se puede casar, y el hecho se sobrepone al derecho. El esclavo, con tal que sea creyente, puede llegar hasta el imperio. El Egipto ha sido gobernado durante siglos por esclavos circasianos, y hoy mismo la mayor parte de los dignatarios de la Sublime Puerta son esclavos comprados en la feria de Stambul.

En los primeros tiempos del mahometismo, cuando los esclavos eran casi siempre creyentes, la legislación era de una dulzura y de una humanidad tales que avergüenza á las sociedades cristianas que han conservado la esclavitud: "El que les pega sin motivos está obligado á emanciparlos. En el día del juicio, Dios tendrá en cuenta al dueño su indulgencia. La ley del talió castiga el homicidio de un esclavo," (1). La conquista, al dar á los musulmanes esclavos de razas diversas, agravó su condición, y el dueño tuvo el derecho de vida y muerte como sucedía en otras partes. Esto no obstante, la esclavitud conservó un espíritu de dulzura desconocido en las naciones cristianas: "Si alguno de vuestros esclavos os pide su liberación, dádsela si le juzgáis digno. Dadles algo de los bienes que Dios os ha concedido," (2). Esas palabras del Corán resuenan siempre en el corazón de los creyentes. El esclavo no es tratado como un ser de naturaleza inferior, sino que es miembro de la familia, y después de algunos años de buenos servicios es emancipado (a). Es raro que un convoy musulmán no vaya acompañado de uno ó muchos esclavos emancipados, llevando en la punta de una caña hendida los títulos de su libertad.

## II.—Caridad.

La caridad es un principio común á todas religiones conocidas. La naturaleza misma es la que crea ese vínculo entre los hombres. Cualesquiera que sean los vicios de la teología, la caridad se abre campo y domina lo mismo en el deísmo judío y mahometano que en el panteísmo budhista. La primera cualidad que Mahoma realza en Dios es la

(1) Tomamos estos detalles de la *Memoria sobre la legislación árabe de STAHL* (*Journal Asiatique*, II serie, t. VI, p. 139).

(2) *Corán*, XXIV, 33.

(a) El autor poetiza. Los españoles saben bien, por su desgracia, cómo trataban los musulmanes á sus esclavos, á sus cautivos y á sus prisioneros. Que lea á *Cervantes*.—(N. del T.)

caridad; le llama siempre *el clemente, el misericordioso*; repite á cada instante que "Dios está lleno de bondad, y que se complace en volver al hombre que se arrepiente." La caridad es la principal virtud del musulmán: la oración, dice un califa, nos conduce hasta la mitad del camino del trono de Dios; el ayuno nos hace llegar á la puerta de su palacio; las limosnas nos abren la entrada (1). Hasta nuestros días, la caridad ha sido la marca característica de la sociedad musulmana; todos los viajeros convienen en reconocer á las naciones del islam una beneficencia superior á la de las demás naciones.

Los preceptos de Mahoma sobre la limosna son dignos de figurar al lado de las máximas del Evangelio. Y no son plagio; el profeta no ha hecho más que obedecer á las tendencias de la raza árabe: "Creyentes, no hagáis inútiles vuestras limosnas con reconvenciones ó malos procedimientos, como los que hacen liberalidades por ostentación... Se parecen á una colina pedregosa, cubierta de polvo: que un chaparrón caiga sobre la colina, y no quedará más que la roca desnuda. No distribuyáis en larguezas la parte más vil de vuestros bienes; dad de limosna las mejores cosas que hayáis adquirido," (2).

Mahoma no se atiene sólo á estos preceptos sobre la limosna individual, sino que crea una caridad legal para restablecer entre los creyentes la igualdad que los más grandes legisladores han soñado. El mosaísmo tenía sus leyes agrarias, pero jamás recibieron ejecución. Los cristianos comenzaron por practicar la comunidad de bienes; y desesperando después de poder realizar su ideal en la sociedad civil, organizaron el monaquismo sobre la base de la desigualdad más absoluta. Pero á eso se ha sobrepuesto el principio de individualismo, que, llevado en el día hasta sus últimas consecuencias, compromete la existencia misma de la sociedad. El Oriente no conoce todavía esos males, y en él están borradas las desigualdades sociales por el influjo de la caridad. Desde el origen de la guerra sagrada, Mahoma reservó la quinta parte del botín para el lote de Dios, es decir, para el alivio de los pobres, de los huérfanos y de los viajeros. En los primeros tiempos, los mismos califas hacían la distribución de aquella limosna legal:

(1) SALE, *Consideraciones sobre el mahometismo*, sección IV, página 507.

(2) *Corán*, II, 266, 269.

se dice que Omar la distribuía, no según el mérito de los individuos, sino en proporción á sus necesidades (1). Las victorias de los Arabes en las comarcas más ricas del mundo aumentaron inmensamente el tesoro de los pobres. Pero esa fuente de ingresos se agotó con la conquista, aunque siempre quedó un fondo especial de caridad. Mahoma gravó los bienes inmuebles de los creyentes con el diezmo á favor de los pobres, el cual es un canon religioso que representa, por decirlo así, el derecho de Dios sobre los bienes de la tierra. Ese diezmo sirve para socorrer á todos los desgraciados, indigentes, viajeros, deudores insolventes; sirve también para rescatar esclavos maltratados por sus dueños, y también se emplea para edificar hospitales, hospicios y colegios (2). Hay, además, al fin del *ramadán* (la cuaresma) una limosna obligatoria y determinada. Por último, un musulmán no puede hacer testamento sin comprender en él á los pobres; y si muere sin dejarles nada ó sin testar, sus herederos están obligados á pagar la manda de los pobres (3).

N.º 4.—*De las acusaciones dirigidas contra el islamismo.*

Tal es la doctrina de Mahoma acerca de Dios, de las relaciones del hombre con el Creador y de las de los hombres entre sí. Daríamos una idea insuficiente del islam si no respondiésemos á las acusaciones que hacen los escritores cristianos á la religión musulmana. Podría creerse que, en el siglo XIX, la intolerancia daba lugar á una apreciación más calmada y más digna; pero nada hay más ciego y más incorregible que la preocupación religiosa. Mahoma será siempre un impostor para los que creen en la relación cristiana; y la obra de un impostor, ¿qué otra cosa podría contener sino fraude é impureza? Esas imputaciones han sido reproducidas en la *Filosofía de la historia de Schlegel*, que, escrita bajo el punto de vista de un catolicismo romántico, no tiene de filosofía más que el nombre. El lector juzgará por lo que el célebre escritor dice del mahometismo.

Se admira Schlegel de que se dé importancia

(1) D'HERBELLOT, *Biblioteca oriental*, en la palabra Omar.  
(2) CHARDIN, *Viajes á la Persia*, t. III, p. 154-156.  
(3) G. CAYIGNAC, *De la constitución territorial de los países musulmanes* (*Revista independiente*, t. VIII).

al islam porque predica la unidad de Dios: «¡Vaya un mérito creer en un Dios creador y en un Dios remunerador! También Satanás reconoce á Dios, y, sin embargo, es incorregible. El islam es la religión de los diablos, porque lo que en él domina es el orgullo más desmedido y al mismo tiempo el más hueco. La esencia de la vida árabe consiste en la hostilidad permanente de las tribus, en el espíritu de venganza que se perpetúa á través de los siglos, y esas malas pasiones son las que dominan en el Corán. En lugar de la caridad y del perdón, el islam predica la venganza, el odio y la guerra á muerte contra todos los que no crean en el profeta manchado de sangre y de obscenidad. Todos los pueblos idólatras juntos no han sacrificado tantas víctimas humanas á sus falsos dioses como las que ha inmolado el fanatismo árabe. Y si se busca el principio moral de esa pretendida religión, no se encuentra otro que el del materialismo más abyecto», (1).

Supongamos que un historiador árabe escriba una filosofía de la historia con un espíritu de intolerancia enconosa; ¿qué diría del cristianismo? «Es una religión de orgullo; la fatuidad de los cristianos llega hasta decir que su profeta es hijo de Dios. Todos aquellos que rehusan creer en un dogma reprobado por la razón y contrario á la naturaleza misma de la divinidad son condenados en el otro mundo y atormentados en este. Han propagado su superstición por medio del hierro y del fuego, y á su impotencia debemos la conservación del islam. Su espíritu enconoso, no pudiendo desfogarse contra los musulmanes, se ejercita entre ellos mismos; y un tribunal calificado de santo envía á la hoguera á todos aquellos que no participan de las creencias de un sacerdote que pretende ser el vicario de Dios. Esa religión que se querría imponer al mundo entero no es después de todo, más que una idolatría; los cristianos adoran á un hombre que ha sido creado por Dios como todos los demás hijos de Adán; adoran á los que ellos llaman santos. Y llevan la necedad hasta rendir culto á las imágenes. Nada más singular que su moral: si se les obedeciera, hombres y mujeres se consagrarían al celibato, y el mundo perecería. ¡Gloria á Alá y á su profeta que nos ha preservado de semejante locura!»,

(1) J. SCHLEGEL, *Filosofía de la historia* (lecciones XI y XII).

Dejemos á los cristianos el cuidado de responder al filósofo árabe (a); á nosotros nos será fácil responder al filósofo cristiano, y para ellos nos basta abrir el Corán.

¡*El islam es la religión del orgullo!* — «Dios, dice Mahoma, odia á todo hombre arrogante... No andes orgullosamente por la tierra; ni podrías partirla en dos, ni igualar la altura de las montañas. No te muerdas el labio para manifestar desdén á los hombres; marcha con paso moderado, y al hablar no levantes la voz; la más desagradable de todas las voces es la del asno», (1).

¡*El islam es una ley de venganza!* — Mahoma encontró la venganza arraigada en el alma ardiente de los Arabes, y la moderó, como hizo Moisés. Admite una composición por el homicidio, y establece el talión para prevenir la efusión de sangre; no predica venganza, sino perdón: «Devuelve bien por mal, y verás á tu enemigo cambiarse en protector y amigo. El soportar con paciencia y el perdonar constituye la prudencia de la vida... El que perdona y se reconcilia con sus enemigos encontrará su recompensa cerca de Dios», (2).

¡*El islam es una ley de odio y de guerra!* — Oigamos á Mahoma: «Los creyentes son amigos unos de otros. La paz debe reinar entre ellos, porque son hermanos... Los musulmanes han propagado su religión por las armas, pero no por la intolerancia; el Corán dice: «Nada de violencia en materia de religión», (3). La intolerancia es cristiana; son los ejércitos cristianos los que han bautizado con sangre á los Sajones idólatras y los que han aniquilado á los heréticos Albigenses. El islam es tan poco intolerante, que se ha acusado á Mahoma de ser tolerante; un docto orientalista hace grandes esfuerzos para defenderle de esa acusación, y acaba por decir que los cristianos deben detestar la impía creencia según la cual los hombres pueden salvarse en todas las religiones (4).

(a) Nos parece que Mr. Laurent quiere pagar demasiado caro el título de librepensador. Además, no nos parece buen sistema el de denigrar al cristianismo á cada paso para responder á las objeciones y cargos que se hacen al mahometismo. Y después de todo, esa pintura de la doctrina cristiana es muy de brocha gorda. Volvemos á decirlo: eso habrá sido la Iglesia, el catolicismo, Roma, los frailes, las falsas decretales, los Torquemadas, etc; pero esa no es la doctrina de Jesús, doctrina de perdón y de amor.—(N. del T.)

(1) *Corán*, xxxi, 17 y siguientes.  
(2) SALE, sec. VI, p. 519.—*Corán*, xli, 34; xlii, 38, 41; iii, 1-8.  
(3) *Corán*, ix, 72; xlix, 9, 10; ii, 257.  
(4) BELAND, *De Relig. Moham.*, II, 2.

¡*El islam es una ley material!*—Hé aquí el gran crimen que se imputa á Mahoma hace doce siglos. Se ha llevado la calumnia hasta exageraciones increíbles. ¿Pues no se ha dicho seriamente de los musulmanes, adoradores por excelencia de un Dios único, que adoraban á Venus? *Voltaire*, tan prevenido como estuvo contra el *Impostor*, se indignó, sin embargo, de aquellas necedades: «Yo os lo digo, ignorantes imbéciles, á quienes otros ignorantes han hecho creer que la religión mahometana es voluptuosa y sensual, no hay nada de eso; se os engaña sobre este punto como acerca de otros muchos... Canónigos, monjes y hasta los mismos curas, si se les impusiese la ley de no comer ni beber desde las cuatro de la mañana hasta las diez de la noche, durante el mes de Julio, cuando la cuaresma cayese en ese tiempo; si se les prohibiese jugar á ningún juego de azar, bajo pena de condenación; si se les prohibiera el vino bajo la misma pena; si se les obligara á hacer una peregrinación por los abrasadores desiertos; si se les impusiese el diezmo de todos sus frutos y rentas en favor de los pobres; y si, acostumbrados á gozar de diez y ocho mujeres, se les quitasen catorce de un golpe... decidme de buena fe, ¿se atreverían á llamar sensual á esa religión?»

Abramos el Corán y veamos si convida á los hombres á los goces materiales: «La vida mundana se parece al agua que hacemos descender del cielo; las plantas de la tierra se empapan de ella, pero al día siguiente están secas; los vientos las dispersan... La vida de este mundo no es más que un juego y una frivolidad; la habitación del otro mundo es la verdadera vida... El mundo de aquí abajo tiene muy poco valor; la vida futura es el verdadero bien á los que temen á Dios», (1). La vida de este mundo no es para los musulmanes, como para los cristianos, más que una preparación á la vida futura. ¿Es menos santa esa preparación? «Dichosos los creyentes que oran con humildad, que evitan las rencillas con los hombres, que hacen limosna, que guardan las leyes de la castidad», (2). Los mismos enemigos del mahometismo

(1) *Corán*, xviii, 43; lvii, 19; xxix, 64; iv, 79.—Esta noción de la vida conduce al ascetismo: «Los Arabes, dice OELSEN, tienen sus ascetas, sus solitarios, que se aplican maceraciones y se entregan á otras penitencias; la extravagancia de los anacoretas musulmanes iguala á la de los cristianos» (*De los efectos de la religión de Mahoma*, p. 182. Memoria premiada por el Instituto).

(2) *Corán*, xxiii, 1-5.